

THOMAS HARDY

Los habitantes del bosque

Traducción y postfacio de Roberto Frías



Los habitantes del bosque, inédita hasta el momento en castellano, es una de las novelas más brillantes, controvertidas y representativas de la narrativa de Thomas Hardy, quien siempre la consideró su obra favorita. Sus evocadores paisajes y sus personajes llenos de fuerza hacen de *Los habitantes del bosque* una obra indispensable.

Grace Melbury, la preciosa y delicada hija de un próspero maderero que haría cualquier cosa por ella, regresa al pequeño pueblo de su infancia después de haber recibido una refinada educación lejos de allí. Su reencuentro con quien siempre estuvo destinado a ser su marido, Giles Winterborne, les revela a los dos que, pese a todo lo que él pueda amarla, no está a la altura de sus nuevas expectativas sociales y, en cambio, sí lo está el nuevo médico de la región, el aristocrático Edred Fitzpiers, que aparece rodeado de libros y de un raro halo de misterio. La relación que se establece entre los tres se verá salpicada de malentendidos y traiciones, pero también de una devoción y una lealtad que conducirán a un desenlace extraordinario.

I

El paseante que por nostalgia siga la carretera abandonada que une en línea casi recta, como un meridiano, la ciudad de Bristol con la costa sur de Inglaterra se encontrará durante la segunda mitad del viaje cerca de unos extensos bosques salpicados de manzanares. Allí los árboles, ya sean maderables o frutales, proyectan luces y sombras sobre los arbustos que flanquean la vía convirtiéndolos en jirones. Sus ramas bajas se extienden por encima del camino, en cómoda horizontalidad, como si pudieran tenderse sobre el aire frágil. En un punto cercano a las faldas de Blackmoor Vale, donde ya se avista a unos cuatro o cinco kilómetros la prominente cima de High-Stoy Hill, el camino queda cubierto por la gran cantidad de hojas que cae de los árboles con la llegada del otoño. Cuando los días se vuelven más oscuros en ese lugar solitario, regresan a la mente del ocioso los numerosos cocheros alegres (ahora ya difuntos) que pasaron por la carretera, los pies ampollados que la recorrieron y las lágrimas allí derramadas.

La fisonomía de la carretera desierta expresa una soledad que no pueden igualar los simples valles y colinas; denota una quietud sepulcral más enfática que la de claros y charcas. Quizás se deba a que la carretera exhibe a un tiempo el contraste entre lo que es y lo que podría ser. Por ejemplo, pasar en ese sitio del borde de la plantación a la macilenta carretera adjunta, y detenerse un momento en medio de ese vacío, es como intercambiar, de una sola zancada, la mera ausencia de compañía humana por un íncubo^[1] de abandono.

En este lugar, durante la oscura tarde de un pretérito día de invierno, se encontraba un hombre que, después de dar un amplio rodeo, había entrado en la escena a través

de un portillo de escalones cercano y a quien embargó por unos instantes la sensación de estar más solo que antes de llegar a la carretera.

Con echar un vistazo a su forma de vestir, más bien recargada, parecía obvio que no pertenecía al campo. Y después de unos momentos, su aire delataba que, aunque hubiera cierta belleza sombría en el paisaje, música en la brisa y una lánguida procesión de fantasmales carrozas en el espíritu general de la vieja carretera, su mayor desconcierto provenía del hecho de que ignoraba la dirección a seguir.

El hombre miró hacia el norte y, luego, hacia el sur, y de forma mecánica hundió su bastón en la tierra.

Al principio no asomó una sola alma que pudiera orientarle como él lo deseaba, ni parecía probable que asomara en toda la noche. Pero poco después se pudo escuchar un leve sonido de ruedas que avanzaban con dificultad, y el golpeteo constante de las herraduras de un caballo. Entonces surgió, en la muesca que se dibujaba entre el cielo y la plantación, una tartana tirada por un caballo.

El vehículo iba cargado de pasajeros hasta la mitad, y casi todos ellos eran mujeres. El hombre alzó el bastón a su paso, y la mujer que conducía tiró de las riendas.

—Señora Dollery —comenzó él—, llevo media hora buscando un atajo para llegar a Little Hintock. Aunque ya he estado en Great Hintock y en la Casa Hintock unas cuantas veces, concertando algunos negocios con la elegante dama de allí, no puedo dar con la aldea. Quizás usted pueda ayudarme.

Ella le aseguró que podía, pues había pasado cerca de allí con la tartana cuando se dirigía a Abbot's Cernel. La aldea se encontraba en un ramal de ese mismo camino.

—Aun así, es un lugar tan pequeño —continuó la señora Dollery—, que un caballero de ciudad como usted necesitará ayudarse con velas y linternas para encontrarlo. Por Dios que yo no viviría allí ni aunque me pagaran. Al menos, en Abbot's Cernel se ve un poco del mundo.

El hombre subió y se sentó junto a la señora Dollery, colocando los pies hacia afuera, donde la cola del caballo los rozaba de vez en cuando.

Para aquellos que lo conocían bien, este carromato era, más que un objeto extraño, un accesorio móvil del camino. El viejo caballo, cuyo pelaje tenía el color y la aspereza del brezo, y a quien desde que fuera un potro le habían deformado los hombros, las articulaciones de las patas y las pezuñas por medio del arnés y del trabajo pesado (aunque si todos los seres creados tienen sus propios derechos, esa misma silueta debería haber estado en algún valle de Oriente arrancando la hierba en vez de tirar de ese carro), había andado por este camino casi a diario, durante los últimos veinte años. Y ni siquiera iba aparejado con total congruencia; como el arnés era demasiado corto, llevaba la cola fuera de la grupera y la retranca corrida hacia un lado de mala forma. Aun así, el caballo conocía cada una de las pequeñas inclinaciones de los dieciséis kilómetros de terreno que mediaban entre Abbot's Cernel y Sherton (la población con mercado a la que solía viajar) con la misma precisión que hubiera obtenido un agrimensor al utilizar un nivel topográfico.

El toldo del vehículo era cuadrado y negro, y asentía con cada movimiento de las ruedas. En un punto por encima de la cabeza del conductor, tenía un gancho en el que a veces se ataban las riendas, formando una curva catenaria que partía de los hombros del caballo. En algún lugar a la altura de los ejes, había una cadena suelta, cuya única función conocida era la de tintinear. Como la señora Dollery tenía que trepar y descender muchas veces para dar servicio a sus pasajeros, y también por atención al recato, solía usar polainas cortas debajo del vestido, sobre todo en días ventosos. No llevaba gorra, sino un sombrero de fieltro que amarraba a la cabeza con un pañuelo, y así se protegía de un dolor de oído que le aquejaba a menudo. En la parte trasera de la tartana había una ventanilla de vidrio que ella

misma se encargaba de limpiar con su pañuelo al comienzo de cada día de mercado. Por lo tanto, si el espectador miraba la tartana desde la parte trasera, podía ver, a través de su interior, un trozo cuadrado del mismo cielo y el mismo paisaje que veía en el exterior, pero invadido por los perfiles de los pasajeros, quienes, mientras se deslizaban en medio del estrépito y mantenían joviales conversaciones privadas, moviendo los labios y asintiendo, permanecían en la alegre inconsciencia de que sus ademanes y peculiaridades faciales estaban siendo captados con precisión por la mirada pública.

Para ellos, volver del mercado a casa era un momento feliz, acaso el más feliz de la semana. Cómodamente arrellanados bajo el toldo, podían olvidarse de las penas del mundo exterior, examinar la vida y hablar de los incidentes del día con sonrisas apacibles.

Los pasajeros formaban un grupo aparte en la sección trasera, por eso, mientras el recién llegado hablaba con la propietaria, se permitieron una charla confidencial sobre él, que el ruido de la tartana se encargó de ocultar a la señora Dollery y al hombre mismo.

—Es el barbero Percomb, el que exhibe a la mujer de cera en su ventana^[2] —dijo uno—. ¿Qué asuntos pudieron traerlo hasta aquí y a esta hora? Y no a cualquier empleado de barbería, sino a un maestro barbero en persona, que ha dejado su poste porque es muy refinado.^[3]

Aunque el barbero había hablado y asentido con cordialidad, parecía poco dispuesto a complacer la curiosidad que despertaba. A partir de ahí, se detuvo el flujo ilimitado de ideas que había animado el interior de la tartana antes de su llegada.

De ese modo continuaron su camino, y High-Stoy Hill siguió haciéndose más y más grande. En la distancia, a unos ochocientos metros sobre uno de los costados, era posible distinguir en el ocaso un grupo de huertas y vergeles hun-

dido en una concavidad, como si fuera un trozo recortado del bosque. De ese lugar autónomo surgían en cauteloso silencio altos tallos de humo que la imaginación podía recorrer hasta adivinar su procedencia en apacibles hogares de chimenea festoneados con jamones y pancetas. Era uno de esos lugares aislados del resto del mundo, donde se puede hallar más reflexión que acción y más apatía que reflexión; donde el razonamiento procede mediante premisas limitadas y resulta en deducciones de una imaginación salvaje. Donde, no obstante, la realidad representa a veces tragedias de una grandiosidad y una unidad verdaderamente sofocleas, en virtud de las pasiones concentradas y de la interdependencia tan abigarrada de las vidas que contiene.

Este era el Little Hintock que buscaba el barbero.

La caída de la noche fue ocultando el humo de las chimeneas, pero la ubicación de la comunidad enclavada en el bosque aún se podía distinguir mediante unas luces débiles que titilaban con mayor o menor fortuna entre las ramas desnudas y los indiscernibles cantores, en forma de bolas de plumas, que en ellas se posaban.

El barbero se apeó en la bifurcación donde un sendero conducía hasta la aldea; la tartana de la señora Dollery continuaría adelante, hacia la población más grande, cuya superioridad con respecto a la más pequeña, en tanto ejemplo del ajetreo mundano, no se manifestaba con claridad en la distancia.

—En ese lugar al que se dirige, vive un joven doctor. Es muy inteligente y sabio, pero dicen que no vive ahí para curar a nadie, sino porque tiene trato con el diablo.

Era una mujer la que le había lanzado este comentario al barbero durante la despedida, como en un último intento de averiguar cuál podía ser la naturaleza de su misión.

Pero el barbero no respondió, y se precipitó sin más hacia aquel rincón sombrío, pisando con cuidado las hojas muertas que casi cubrían por completo el camino, o la ca-

lle, del caserío. Ya que muy pocas personas, a excepción de ellos mismos, pasaban por allí después del anochecer, la mayoría de los moradores de Little Hintock consideraba que las cortinas eran algo innecesario. Así, el visitante pudo ir deteniéndose frente a las ventanas de cada una de las casitas que encontró a su paso, con un comportamiento que evidenciaba su esfuerzo por deducir el paradero de alguien que residía allí. Fue fijándose en todas las personas y en todos los objetos que pudo descubrir en el interior.

Solo le interesaban las viviendas más pequeñas. Ignoró por completo una o dos casas cuyo tamaño, antigüedad e intrincadas dependencias daban a entender que, a pesar de la lejanía, habían sido habitadas, si es que no seguían estándolo, por gentes de una posición social considerable. El olor a pulpa de manzana y el siseo de la sidra en fermentación, provenientes de la parte trasera de algunas viviendas, revelaban la más reciente ocupación de algunos de los habitantes, y se incorporaban al aroma de descomposición que las hojas moribundas despedían desde el suelo.

El hombre había pasado ante media docena de moradas sin resultado alguno. La siguiente, situada frente a un árbol alto, se encontraba en un estado de excepcional resplandor; el brillo centelleante del interior subía por la chimenea, y convertía el humo emergente en una niebla luminosa. Visto a través de la ventana, ese mismo interior lo obligó a detenerse con aire decisivo, y a observar. El lugar era más bien grande para tratarse de una casa de campo, y la puerta, que daba directamente al salón, estaba entreabierta, así que una cinta de luz escapaba por el resquicio y se perdía en la oscura atmósfera del exterior. De tanto en tanto, una palomilla, ya decrepita al final de la estación, revoloteaba un instante ante los rayos de luz y luego desaparecía otra vez en la noche.

II

Había una chica en la habitación de la que procedía este alegre resplandor. Estaba sentada en una silla de mimbre, y se afanaba bajo la luz de un profuso fuego de leña. Con una podadera de dos filos en una mano y un guante de piel demasiado grande en la otra, elaboraba rápidamente horquillas, de las que suelen usar los techadores.^[4] Para este fin llevaba un delantal de piel que también era demasiado largo para su figura. A su lado izquierdo había un atado de suaves y rectas varas de avellano, llamadas rama-horquilla,^[5] la materia prima de su producción, mientras que, a su lado derecho, había un montón de astillas y cabos, el sobrante, con el que mantenía vivo el fuego. Frente a ella, una pila de los artículos ya terminados. Para fabricarlos tomaba una vara, la miraba críticamente de un extremo a otro, la cortaba de acuerdo con un largo determinado, y la seccionaba longitudinalmente en cuatro partes, que después afilaba con hábiles golpes de navaja hasta conseguir una punta triangular que recordaba la de una bayoneta.

En caso de necesitar más luz, tenía a su lado un candelabro de latón que descansaba sobre una curiosa mesita redonda, formada por un banco para féretros en el que habían claveteado una tabla de pino; su blanca superficie contrastaba extrañamente con la oscura talla de roble de la subestructura. La presencia de este artículo mostraba casi definitivamente la posición social que la casa había ocupado antaño, de igual manera que los yelmos y los viejos escudos recuerdan la posición de un noble o de un escudero. Era costumbre de todo aldeano acaudalado, cuya tenencia de la tierra estuviera garantizada por censo o de cualquier otra manera más permanente que la del simple campesino,^[6] tener un par de estos bancos para el momento de su

propia muerte. Pero, con el tiempo, los cambios habían conducido a la pérdida de esa costumbre, y con frecuencia se les daba el mencionado uso.

La joven dejó por un momento la navaja para examinar la palma de su mano derecha que, a diferencia de la otra, no estaba enfundada en un guante, y exhibía muy poco endurecimiento o aspereza. La palma estaba enrojecida y ampollada, como si acabara de empezar a dedicarse a esta ocupación y aún no fuera su «naturaleza dócil, del mismo modo que al trabajo la mano del teñidor se entrega».^[7] Como tantas otras manos derechas nacidas para el trabajo manual, no había nada en su figura básica que permitiera confirmar la convención fisiológica según la cual las diferencias de cuna se manifiestan principalmente en la forma que tiene este miembro. Tan solo el tiro de dados del destino había decidido que la chica debía manejar esa herramienta. Los dedos que sujetaban el pesado mango de fresno podrían haber guiado hábilmente el lápiz o pulsado las cuerdas de algún instrumento musical si tan solo se les hubiera puesto en ello a tiempo.

Su rostro tenía la habitual plenitud expresiva que únicamente se alcanza tras toda una vida de soledad. Cuando las miradas de una multitud chocan sin interrupción contra un semblante, como las olas del mar, parece que borran su poder de expresión. Pero en las tranquilas aguas de la privacidad, cada sentimiento y cada sensación se desvelan con una exuberancia evidente, y un intruso puede interpretarlos con la misma facilidad que la letra impresa. En edad, la chica no tenía más de diecinueve o veinte años, pero la necesidad de tomar conciencia de la vida en una época demasiado temprana había hecho que las líneas provisionales de un rostro infantil adquirieran una prematura irrevocabilidad. Por tanto, tenía pocas pretensiones de belleza, excepto en un aspecto importante: su cabello.

Su abundancia lo hacía casi inmanejable. A la luz del fuego, su color era, por así decirlo, marrón, pero una ins-

pección minuciosa o la observación a la luz del día habrían revelado que su verdadero tono era de una rara y hermosa aproximación al castaño.

La mirada del recién llegado se mantenía ahora clavada sobre este brillante regalo que el Tiempo le había hecho a una de sus víctimas. Mientras tanto, los dedos de su mano derecha jugueteaban mecánicamente con algo que asomaba por el bolsillo de su chaleco: las patillas de unas tijeras, cuyo lustre les permitía responder con debilidad a la luz proveniente de la casa. En la mente de su observador, la escena formada por la infantil hacedora de horquillas componía un acusado cuadro impresionista, donde tan solo el cabello de la chica, que era el punto focal, había sido representado con intensidad y nitidez, mientras que el rostro, los hombros, las manos y la figura en general, eran una borrosa aglomeración de detalles sin importancia, perdidos entre la bruma y la oscuridad.

No lo pensó más y tocó a la puerta antes de entrar. La joven se volvió al escuchar el crujido que producían las botas en el suelo pulido.

—¡Oh, señor Percomb, qué susto me ha dado! —exclamó, quedando lívida por un momento.

—Deberías cerrar la puerta si quieres oír cuando alguien la abre —respondió él.

—No puedo —dijo ella—, la chimenea arroja mucho humo. Señor Percomb, está usted tan raro lejos de sus pelucas como un canario sobre un arbusto de espinas. No me diga que ha venido hasta aquí por mí... para...

—Sí, para que me des tu respuesta —Percomb le tocó el cabello con el bastón y ella se estremeció—. ¿Estás de acuerdo? —continuó él—. Es necesario que lo sepa de inmediato, ya que la dama está a punto de marcharse, y hacer el arreglo lleva su tiempo.

—No me presione, me agobia. Tenía la esperanza de que hubiera dejado usted de pensar en esto. No puedo deshacerme de él, así que ya lo sabe.

—Pero vamos a ver, Marty —dijo él, sentándose en el taburete—, ¿cuánto ganas por hacer estas horquillas?

—¡Calle! Mi padre está arriba y aún no duerme. No sabe que estoy haciendo su trabajo.

—Bueno, pero dime —dijo él, bajando la voz—, ¿cuánto ganas?

—Dieciocho peniques por cada mil —respondió ella, reticente.

—¿Para quién las haces?

—Para el señor Melbury, el comerciante de madera. Está cerca de aquí, bajando la calle.

—¿Y cuántas puedes fabricar en un día?

—En un día y la mitad de la noche: tres atados, que son mil quinientas piezas.

—Veintitrés peniques por día —dijo su visitante antes de hacer una pausa—. Bueno, mira —continuó él, con un tono en el que se advertía que aún hacía cuentas, cálculos para fijar la suma de dinero necesaria para superar los ingresos actuales de la chica y su femenino amor por la gracia—, aquí tienes un soberano, un soberano de oro casi nuevo. —Mostró entonces la moneda atenazada entre el índice y el pulgar—. Es lo que ganarías en una semana y media haciendo este duro trabajo de hombres. Y será tuyo tan solo por permitir que me lleve un poco de aquello que tienes en exceso.

El pecho de la chica se agitó ligeramente.

—¿Por qué la dama no puede pedírselo a una chica que no valore tanto su cabello en lugar de pedírmelo a mí? —preguntó ella.

—¡Anda, boba! Porque tu cabello tiene el tono exacto del suyo, y porque es un tono que no se puede igualar con el tinte. Pero no vas a rechazarme ahora que he venido desde Sherton con este único propósito, ¿o sí?

—Digo que no lo venderé, ni a usted ni a nadie.

—Escúchame —comenzó él, acercándose un poco más a ella—. La dama es muy rica y no creo que unos cuantos

chelines le importen, así que voy a proponerte esto, bajo mi propia responsabilidad: te ofrezco dos soberanos, en vez de uno, con tal de que no me dejes volver con las manos vacías.

—¡No, no, no! —exclamó ella, mostrándose ya muy agitada—. Me está tentando. Actúa como el diablo con el doctor Fausto en aquel folletín que leí. Pero no quiero su dinero y no accederé. ¿Por qué ha venido? Cuando me llevó a su negocio y me lo pidió con tanta urgencia, ¡le dije que no quería vender mi cabello!

—Marty, atiéndeme. Esta dama lo quiere desesperadamente y, entre tú y yo, sería mejor que la complacieras. De lo contrario, podría irte mal.

—¿Irme mal? ¿Pues quién es ella?

El fabricante de pelucas se mordió la lengua, y la chica repitió la pregunta.

—No te lo puedo decir. Y como se marcha al extranjero pronto, tampoco importa mucho quién sea.

—¿Lo quiere para llevárselo al extranjero?

El hombre asintió con un movimiento de cabeza. La chica lo observó pensativa.

—¡Ya sé quién es, señor Percomb! —exclamó ella— Es la señora de la Casa, ¡la señora Charmond!

—Es un secreto. Sin embargo, si accedes a darme tu cabello, te lo diré en confianza.

—Por supuesto que no se lo daré a menos que me diga la verdad. ¿Se trata de la señora Charmond?

—Bueno, sí —dijo el hombre, bajando la voz—. El otro día te sentaste delante de ella en la iglesia, y notó el parecido exacto entre tu cabello y el suyo. Desde entonces lo ha deseado. Quiere arreglarse el suyo, y ahora por fin se ha decidido. Como no lo utilizará hasta haberse marchado al extranjero, sabe que nadie notará el cambio. Me ha encargado que lo consiga, y luego hay que confeccionarlo. No habría recorrido tantos kilómetros de tratarse de un cliente menos importante. Mis asuntos con ella correrían grave pe-

ligro si se supiera que he pronunciado aquí su nombre, pero tú y yo somos personas de honor, y no dirás nada que pueda perjudicarme, ¿verdad, Marty?

—No quiero exponer a la señora —dijo Marty con tranquilidad—, pero es mi cabello y lo voy a conservar.

—No es justo, después de lo que te he dicho —dijo el irritado emisario—. Mira, Marty, ya que eres de la misma parroquia, ocupas una de las casas de esta dama, tu padre está enfermo y no te gustaría que te echaran, sería mejor que la complacieras. Te lo digo como amigo. No te obligaré a decidir esta noche. Supongo que irás al mercado mañana, y puedes pasar a verme entonces. Estoy seguro de que si lo piensas, desearás llevarme lo que te pido.

—No tengo nada más que decir —respondió Marty. Ante esta actitud, su acompañante vio la imposibilidad de convencerla con más palabras.

—Como eres una joven de confianza —dijo Percomb—, dejaré estos soberanos aquí, como adorno, para que veas lo hermosos que son. Puedes traer el artículo mañana, o devolver los soberanos. —Mientras decía esto, acomodaba las monedas de costado, a lo largo del marco de un pequeño espejo que había sobre la chimenea—. Espero que lo traigas, por tu bien y por el mío. Yo también pienso que la señora podría obtener lo que desea en cualquier otro lugar, pero como se trata de un capricho, hay que consentirlo en la medida de lo posible. Si tú misma te lo cortas, ten mucho cuidado con cómo lo haces, para que todos los mechones tengan la misma forma. —Le mostró cómo debía hacerlo.

—Pero no me lo voy a cortar —le respondió Marty con lacónica indiferencia—. Valoro demasiado mi belleza para arruinarla. La señora solo quiere mis rizos para lograr un nuevo amor, pero, si son ciertas todas las historias que se cuentan, ya le ha roto el corazón a más de un caballero noble.

—Ay, es maravilloso lo buena que eres para adivinar las cosas, Marty —dijo el barbero—. Quienes están más enterados me han dicho que sin duda le ha puesto el ojo a un caballero extranjero. Aun así, ten en cuenta lo que te pido.

—Pues no va a seducirlo a través de mí.

Percomb ya había alcanzado la puerta, pero volvió sobre sus pasos, depositó su bastón sobre el banquillo funerario y la miró directamente a los ojos.

—Marty South —dijo con un énfasis premeditado—, ¡tú ya has encontrado a tu propio galán, y por eso no te quieres deshacer de tu cabello!

Ella se sonrojó con una intensidad que sobrepasaba el leve rubor que realza la belleza natural. Se puso el guante de piel amarilla en una mano, levantó la podadera con la otra y tomó asiento para volver obstinada al trabajo, sin mirar de nuevo a Percomb. El barbero contempló aquella cabeza por un momento, se dirigió a la puerta y, tras lanzarle otro vistazo a la chica, partió rumbo a casa.

Marty continuó con su labor durante unos minutos, pero de repente dejó la podadera y se levantó de un salto. Se dirigió al fondo de la habitación y abrió una puerta que ocultaba una escalera fregada hasta la blancura. Las vetas de la madera casi habían desaparecido por efecto de la limpieza. Después de subir por ella, se acercó con delicadeza a una habitación y, sin entrar, dijo:

—Padre, ¿necesitas algo?

Una débil voz negó desde el interior, y agregó:

—Mañana debería encontrarme bien, ¡si no fuera por el árbol!

—El árbol de nuevo, ¡siempre el árbol! Ay, padre, no te preocupes tanto por eso, sabes que no puede hacerte daño.

—¿Con quién hablabas allá abajo?

—Con un hombre de Sheraton llamado... Nada que deba preocuparte —dijo Marty, con dulzura—. Padre, ¿la se-